GT 43: Problemas y debates sobre historia del siglo XIX en el Río de la Plata

La condena al inmigrante en la Argentina del Ochenta al Centenario. Una mirada sobre la obra de los intelectuales positivistas y del *triángulo nacionalista* en la Argentina

María Mercedes Blanco Fares

Departamento de Historia Americana, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Udelar.

En 1883, en el prólogo de *Conflictos y armonías de las razas en América*, Sarmiento escribía: «Pocos libros han logrado en el mundo arrastrar tras sí los sucesos. Civilización y Barbarie lo logró, dándole otro título a la lucha y quitándole su carácter acerbo.»

En efecto, el lema «Civilización y Barbarie», definió a la lucha política entre unitarios y federales como lucha social, o guerra social.

Durante la década del 80, época de prosperidad y promisión, el proyecto sarmientino desbordó a la clase dirigente de entonces: aquel fue más allá de lo que intelectuales y políticos pudieron plasmar.

De la misma manera, la evolución de la imagen sarmientina en el pensamiento argentino desbordó su propia imagen original. En otras palabras, si el binomio civilización-barbarie sirvió, luego de Caseros, como imagen legitimatoria y propagandística del proceso de modernización que debería llevar adelante el país, —sintetizado por el presidente Roca en la consigna «Paz y Administración»—, hacia la época del Centenario, a instancias de la búsqueda y consolidación del ser nacional, la imagen civilización-barbarie será retomada y cambiada en su sentido, valorizándose algunos elementos de la barbarie e impugnándose otros de la civilización, esto es, el progreso que ha traído la modernización, el triunfo definitivo de la ciudad sobre el campo, de Buenos Aires sobre las Provincias, de lo urbano sobre lo rural, del cosmopolitismo sobre el provincialismo, de los exótico sobre lo criollo, en definitiva: del inmigrante sobre la raza criolla, sintetizada en la imagen del gaucho.

Este proceso de relocalización de la imagen sarmientina en el dispositivo simbólico del Estado se concreta con el llamado triángulo nacionalista, es decir, con la obra de tres autores: Ricardo Rojas (*La restauración nacionalista*); Manuel Gálvez; (*El diario de Gabriel Quiroga*); Leopoldo Lugones (*El Payador*).

A través de estas tres obras estos autores revisarán la imagen civilización-barbarie, otorgándole un sentido opuesto al de Sarmiento. Sin embargo, el precursor de esta inversión fue Joaquín V. González en su obra *Mis Montañas*, de 1888.

Hacia la época del Centenario, la expansión del modelo económico insertado por el roquismo llega a su apogeo. Sin embargo, el lema civilización-barbarie sobre el que se ha asentado, comienza a resquebrajarse.

Los inmigrantes tan anhelados han llegado, pero no son exactamente los esperados, y en vez de inyectar la sangre y cultura europea tan procurada, si bien se integran económicamente, no se integran social ni culturalmente. En este sentido fundan asociaciones, escuelas y hospitales que continúan cohesionándolos y aislándolos de la sociedad receptora, continuando ligados a sus países de origen.

Por otra parte, las primeras organizaciones obreras, primero como mutualidades, más trade como sindicatos, las huelgas y manifestaciones callejeras, la propia creación del Partido Socialista, revelan el surgimiento de la llamada «cuestión social» y evidencian un fenómeno de desagregación social.

Paralelamente, el surgimiento de la Unión Cívica Radical expone la necesidad de apertura política de un sistema dominado por políticos e intelectuales de la clase agro-exportadora.

En síntesis, la Argentina del Ochenta al Centenario, presenta varios polos de conflicto:

- La cuestión del inmigrante.
- La cuestión social.
- La cuestión política.
- La cuestión nacional.

Todos estos problemas se yuxtapusieron en la figura del inmigrante, que se convirtió, para la clase alta argentina, en la encarnación de todos estos conflictos.

Hacia esta época, sucedió, en palabras de Maristella Svampa:

> Las formas antiguas desaparecían, y con ellas todo sistema anterior de referencia. Rápidamente la expectativa de movilidad social que mostrarían los inmigrantes sería leída por la elite tradicional como el síntoma de una incipiente ética del arribismo, manifiesta

> tanto en el apetito tanto hacia los bienes materiales como en el deseo de escalar rápidamente posiciones sociales. El inmigrante invadía las calles de Buenos Aires, convertía en una Torre de Babel a la ciudad, pretendía enriquecerse rápidamente y, encima de ello, comenzaba a deformar la lengua de Cervantes. (…) Aparte de ello, el inmigrante, que había sido pensado como un instrumento ciego en manos de la elite, comenzó a organizarse desde su arribo en sociedades de resistencia y asociaciones mutuales. Se crearon también los primeros sindicatos, que a través de su acción de protesta darán cuerpo al fantasma de la desagregación social. (M. Svampa, p.62)

La organización del país había traído consigo a la inmigración. Tras su llegada se comenzó a desdibujar el marco de referencia cultural de la Argentina de entonces. Este marco cultural no había sido considerado hasta la fecha. Pero el impacto del aluvión inmigratorio, el hecho de que un tercio de la población fuese extranjera, hizo tambalear los elementos culturales y el estilo de vida de la sociedad local. En medio de la Buenos Aires cosmopolita, el intelectual argentino se hizo una pregunta: ¿Qué es ser argentino?

La inmigración entonces comenzó a asociarse con un estilo de vida diferente, con un idioma que no era el suyo, con la ética del «arrivismo», con las «ideas exóticas» y la agitación social, con la «corrupción del idioma» y la «corrupción moral» e incluso con la «corrupción racial».

La organización en colectividades y las demandas de integración política de los inmigrantes

> … generaron temor y rechazo por parte de la elite y de los sectores intelectuales cercanos a ella: la primera, porque suponía una amenaza de disolución de la identidad nacional, frente a la enorme proporción de habitantes extranjeros. [La segunda, porque amenazaba el poder de la clase dirigente y planteaba la lucha de clases.] La respuesta del gobierno argentino, [ante el primer problema] más allá de la diversidad de opiniones y frente a una problemática que planteaba de manera incisiva la cuestión de la «nacionalidad», fue precisamente una política de afirmación nacional… (M. S.)

En este sentido el Estado inició una tarea de «argentinización» a través de:

- El adoctrinamiento nacionalista en la Educación Primaria.
- El establecimiento del servicio militar obligatorio (1901), luego de intensas discusiones en la Cámara de Diputados.
- La creación de la liturgia cívica, a partir del establecimiento de un calendario nacional y la creación de una «pedagogía de las estatuas».
- La Educación Física en la Enseñanza Primaria, que familiarizaba a los niños con el entrenamiento militar.

La época del ochenta al centenario es un período en el que se articulan dos procesos: el de desencanto con el inmigrante y el de recuperación de una pretendida tradición nacional.

El desencanto hacia el inmigrante se plasmó en la literatura de la generación del »80. Esta literatura cristaliza el estereotipo del inmigrante codicioso, avaro, arribista, advenedizo, contrapuesto al criollo generoso y desprendido.

El segundo proceso, el de recuperación de una supuesta tradición nacional amenazada por el cosmopolitismo, se concreta en la labor intelectual de la llamada Generación del Centenario. Es en esta época, en medio de los festejos del Centenario de la Revolución de Mayo, que los intelectuales del llamado «triángulo nacionalista» sientan las bases para la recuperación de una identidad nacional como mecanismo de defensa ante la «invasión» cultural que ha supuesto la inmigración masiva.

Para esta época, el inmigrante caricaturizado y denigrado por la Generación del Ochenta, ahora es visto como «la figura de la nueva barbarie».

La burguesía comenzó a sentir miedo hacia aquellos que pensó que serían sus aliados. De pronto se vio amenazada por unos hombres que se sintió incapaz de controlar. El shock fue brutal. Apenas terminado el proceso de organización nacional con la federalización de la ciudad de Buenos Aires —lo que había supuesto el fin de las guerras civiles— la ciudad parecía desestructurarse nuevamente. El Estado era aún débil, la idea republicana todavía joven, las divisiones de la élite siempre presentes, la inmigración «una masa indominable».

A partir de este temor, los políticos e intelectuales de la clase dirigente elaboran su reivindicación nacionalista.

Los intelectuales del Centenario serán los encargados de definir los contenidos de esa historicidad, esto es, de qué valores, costumbres, tradiciones, se componía el carácter argentino en el momento fundante de la nacionalidad.

Este intelectual del período 1880-1910 es un tipo de intelectual político, ligado con el grupo gobernante no identificado con el proyecto civilizatorio puesto en vigencia. Es, en definitiva, un intelectual asimilado a la clase dominante.

Las fuentes de donde abrevaron los primeros nacionalistas fueron: el tradicionalismo de Barrès;la visión crítica de la generación del 98 en España, sobre todo en las figuras de Ramiro de Maeztu y Miguel de Unamuno que proclamaban el llamado redescubrimiento de España; el espiritualismo de Rodó o «arielismo» que tiene en Calibán la encarnación del materialismo y el utiitarismo de la época.

Una de las principales figuras del primer nacionalismo fue Ricardo Rojas, nacido en Tucumán en 1882. Su padre, Absalón Rojas, fue senador y gobernador de la provincia de Santiago del Estero. Allí, Rojas cursó sus estudios preparatorios. A la muerte del padre, la familia se trasladó a la ciudad de Buenos Aires. Una vez en la capital, Rojas fue invitado a escribiren la revista *Ideas* de Manuel Gálvez. Más tarde escribió en *El País*, que respondía en el sector de Carlos Pellegrini, *La Nación* y *Caras y Caretas*.

Si bien estudió Leyes en la Universidad de Buenos Aires, jamás terminó sus estudios universitarios, prefiriendo dedicarse por entero a sus trabajos literarios.

Su educación, según Maristella Svampa, fue resultado de sus propios esfuerzos: fue un verdadero autodidacta, disciplinado y constante.

En 1909, escribe su primer gran obra, *La restauración nacionalista*.

Durante la Primera Guerra Mundial, promueve fervientemente el pacifismo.

En 1917, publicó la que es considerada su obra mayor, la *Historia de la Literatura Argentina*. En 1918, apoya a la juventud universitaria de Córdoba. Además, Rojas fue el creador del Instituto de Literatura Argentina de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Entre 1926 y 1930, Rojas se desempeñó como Rector de la misma.

Aunque no era radical, ante el golpe de Uriburu de 1930 se afilia a la Unión Cívica Radical como gesto de protesta civil. Este gesto le valió el confinamiento en prisión en Ushuaia durante algunos meses de 1934.

En 1953, fue propuesto como candidato al Premio Nobel de Literatura.

Murió en 1957.

Un año antes del centenario, Rojas publicó la Restauración Nacionalista, un informe de educación por encargo del gobierno, con intención de ofrecer una línea política y ciertas correcciones al modelo civilizatorio en curso. El proyecto finalmente nunca se concretó y Rojas cayó en una profunda frustración, lo que lo condujo a su militancia en el radicalismo y a la radicalización de su defensa indigenista.

Durante uno de sus viajes a Europa, Rojas conoció a Ramiro de Maeztu y a Miguel de Unamuno. En sus pensamientos identifica una necesidad común: la necesidad de un examen crítico de la propia historia.

Rojas recibió una doble influencia, por una parte la de la generación española del »98 y por otra la de Sarmiento y Julio V. González.

Como continuador crítico de las obras de Sarmiento y González, Rojas le da un papel central en el devenir de la sociedad a la escuela y la educación en general. Pero entrelazando sus encuentros con Unamuno y de Maeztu, considera que dentro de la enseñanza escolar, los dos elementos a cuidar más por su carácter decisivo en el proceso de construcción nacional son dos: la enseñanza de la historia y el aprendizaje de la lengua nacional.

Para Rojas, estos elementos constituyen las bases de la nacionalidad, pero además son los elementos integradores del aluvión inmigratorio. A través de la enseñanza de la historia y del idioma nacional, se podría dotar a los inmigrantes de un verdadero espíritu argentino.

«El momento aconseja con urgencia imprimir a nuestra educación un carácter nacionalista por medio de la Historia y de las Humanidades. El cosmopolitismo de los hombres y de las ideas, la disolución de los viejos núcleos morales, la indiferencia para los negocios públicos, el olvido creciente de las tradiciones, la corrupción del idioma, el desconocimiento de nuestro propio territorio, la falta de solidaridad nacional, el ansia de riqueza sin escrúpulos, el culto de las jerarquías más innobles, el desdén por las altas empresas, la falta de pasión en las luchas, la venalidad en el sufragio, la superstición por los nombres exóticos, el individualismo demoledor, el desprecio por los ideales ajenos, la constante simulación y la ironía canalla —cuanto define la época actual— comprueban la necesidad de una reacción poderosa en favor de la conciencia nacional y de las disciplinas civiles.» (R.Rojas, *La restauración nacionalista*, p.87)

La obra de Rojas está surcada por una serie de conceptos: «alma nacional»; «carácter nacional»; «tradición nacional»; «conciencia nacional»; «conciencia nacional», que vertebran un discurso que señala un punto primordial: la necesidad de aprehender el «ser nacional» a través de la historia.

En su obra, Rojas opone el concepto de nacional al concepto de cosmopolita y exótico. Para Rojas, la «importación» de culturas exóticas a través de la inmigración amenaza la composición de la sociedad argentina. Los valores exóticos traídos por la inmigración atentan contra los referentes tradicionales, el sello, la idiosincrasia, la historia y la lengua del país. Para Rojas, la llegada de la inmigración masiva, r4epresentó el retorno a la vieja barbarie, al caos y a la anarquía.

En referencia a Buenos Aires afirmó:

> El progreso y la inmigración la han sacado de su antigua homogeneidad aldeana, pero no para traernos a lo heterogéneo orgánico que es la obra verdadera del progreso social, sino para volvernos al caos originario, cuando en tiempos de los últimos adelantados, aquí se aglomeraban castellanos y vascos y andaluces y querandíes y criollos y negros y mulatos, entre la ranchería de los fosos y las playas del río. Al igual de entonces, continuamos careciendo de partidos, de ideas propias, de arte y de instituciones. (*La restauración nacionalista*, p.89)

En su obra, Rojas disocia dos nociones que desde el Facundo de Sarmiento aparecían hermanadas: Progreso y civilización.

Para Rojas el Progreso es la prosperidad material. En este sentido, los inmigrantes efectivamente han sido un agente de progreso. La civilización en cambio, es para Rojas el encuentro de la identidad y cultura nacional. En este sentido, la inmigración ha sembrado el caos en el país, amenazando con extinguir los valores tradicionales.

Para Rojas, el error de las generaciones del 37 y del 80 fue confundir progreso y civilización, esto es, prosperidad material y creación espiritual, limitándose únicamente a satisfacer la primera, a través de la traída de inmigrantes y el proceso de modernización.

Una de las consecuencias negativas de este descuido fue la crisis de 1890, desencadenada, según Rojas, por causas intrahistóricas, esto es por «…nuestra escuela sin preocupaciones morales, nuestra educación sin fines patrióticos.» (p.320)

Para evitar este tipo de catástrofes, deben superarse los valores foráneos, exóticos, a través de la argentinización de los inmigrantes. Esta argentinización debía llevarse a cabo en la escuela a través de la enseñanza de la historia; el aprendizaje de los hitos fundamentales; el aprendizaje de las lenguas americanas; la pedagogía de las estatuas.

Todos estos elementos, según Rojas, darían homogeneidad e impronta nacional a la materia caótica de la sociedad cosmopolita.

Manuel Gálvez nació en Paraná, Entre Ríos, en 1882, en el seno de una familia orgullosa de su linaje hispánico, entre el que se encontraba Juan de Garay, fundador de la ciudad de Buenos Aires, Sus primeros estudios los cursó en Santa Fe y de allí pasó a Buenos Aires, en donde ingresó a la Universidad para seguir la carrera en Leyes. De allí egresó como abogado en 1904 con la tesis *La trata de blancas*. Es importante consignar que durante toda su trayectoria Gálvez mostró interés por aspectos sociales como la vida en el arrabal, la prostitución y la delincuencia. A diferencia de otros miembros varones de la familia, Gálvez no quiso ejercer la carrera de abogacía y mucho menos seguir una carrera política.

En 1903 fundó la revista Ideas e inició un viaje a Europa. De este tiempo datan sus biografías de Rosas, Sarmiento e Yrigoyen, entre las que se destaca la de este último. Su primera obra importante fue *El diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina* de 1909.

Paralelamente a su labor como escritor, Manuel Gálvez fue miembro de la Academia Argentina de Letras y miembro correspondiente de la Real Academia Española. Asimismo, fue fundador de la Sección Argentina del Pen Club Internacional y nominado en tres ocasiones para el Premio Nobel de Literatura.

Por su matrimonio con Delfina Bunge, mujer de una acaudalada familia también vinculada a la cultura, Gálvez estuvo inmerso en la intelectualidad de su tiempo. Su cuñado, Carlos Octavio Bunge, fue un importante escritor del período al que analizaremos más adelante.

Durante gran parte de su vida alejado de la política, en 1928, a disgusto de su esposa e hijos, Gálvez votó a Hipólito Yrigoyen. Pero al producirse el golpe militar de 1930 apoyó a los militares ya que consideraban que ellos respondían a sus mismos ideales católicos y nacionalistas. Murió en 1962.

Manuel Gálvez es el primer intelectual argentino en realizar una reivindicación de todo aquello comprendido en el término barbarie, grupo de caracteres tan mistificados y a un tiempo denostados por Sarmiento.

La expresión más acabada de esta «reivindicación de la barbarie» es su obra *El diario de Gabriel Quiroga*: una obra impulsiva, enérgica y agresiva que, según Svampa: «…refleja con brutalidad el odio que puede abrigar un personaje de raigambre tradicional contra la «invasión disolvente»». (M.Svampa, p.102)

En efecto, como señala la autora, la obra de Gálvez no es solamente una reivindicación de la barbarie en s más amplio sentido sarmientino, es una reivindicación de la barbarie como cultura nacional ante la cultura exótica de los inmigrantes que amenazan extinguir el ser nacional argentino.

Los términos en que Gálvez se expresó hacia la cultura del inmigrante, a diferencia del autor anterior, estarán teñidos de un profundo rencor y xenofobia. Estos términos no responden más que a la retórica reaccionaria de los sectores tradicionales provinciales rezagados y en parte dejados atrás por un proceso de modernización que los ha desplazado y al que ellos comienzan a impugnar duramente.

Así como muchas de las obras de la generación del ochenta y del centenario, «El Diario de Gabriel Quiroga» es una novela de tesis. Pero lo que resulta más particular es la inclusión de rasgos autobiográficos del autor.

Gabriel Quiroga es un joven de provincia como Gálvez, que al igual que el autor viaja a Europa y que allí súbitamente se encuentra, como Gálvez, con el materialismo reinante. Como su autor, Gabriel Quiroga comienza a recordar con nostalgia a la patria que antes despreció. Finalmente, en un último paseo, Gabriel visita España y allí descubre la relación con el pasado de su patria. Manuel Quiroga es, en este sentido, el más hispanista de los tres autores del triángulo nacionalista. El inicio de la obra expresa estas experiencias:

> Hasta que comenzara este libro, Gabriel nunca fue patriota. El romanticismo humanitario de los veinte años le había hecho detestar la patria por amar la humanidad. Pasadas estas ráfagas sentimentales, un poco de Zaratustra y otro poco de juventud lo tornaron egoísta. Más tarde, cuando el asedio de los «bárbaros» le redujera el Yo, su despreocupación por las cosas circundantes fue total. En Europa le asaltó el recuerdo de la tierra lejana, y entre indecisas añoranzas, nostálgicas reminiscencias y desvanecientes melancolías de sleeping-car y de ciudades muertas, nacieron sus ideas de la patria. (…) Gabriel Quiroga es patriota porque lleva muy dentro de sí mismo el sentimiento de la patria y la idea de la nación. Sus antepasados le trasmitieron, sin saberlo, ese tan criollo rencor atávico al extranjero; pero tal rencor, en su alma civilizada y buena, ostenta la apariencia del egoísmo nacional. (M.G., *Diario de Gabriel Quiroga*, pp.32-34.)

A través de las reflexiones de Gabriel, Gálvez expone la idea principal de su obra: la convicción de que es en el interior, en las provincias opuestas a la ciudad cosmopolita, donde se encuentra la «antigua entidad nacional amenazada». Son las provincias quienes a través de la historia argentina han conservado la tradición nacional frente a Buenos Aires y el litoral cosmopolitas.

> Las provincias, cuando nuestro país era bárbaro, pudieron dar la dominante en su espíritu, pero ahora que la fiebre del progreso nos devora y nos inquieta, el interior ha quedado reducido, en su tremenda lucha contra el cosmopolitismo de las comarcas litoraleñas, a conservar los últimos restos del alma nacional. (p.61)

Gálvez toma de forma intacta el binomio civilización-barbarie de Sarmiento, el único cambio que introduce es una inversión de valoración. Mientras que para Sarmiento la barbarie es negativa, para Gálvez es positiva. La valoración positiva de la barbarie es integrada a su vez a una ecuación positiva que reuniría todos los elementos del ser nacional: barbarie - federalismo - caudillismo - provincialismo - interior - gaucho - tradición - nacionalidad.

Esta ecuación positiva se opone a otra valorada negativamente por el autor: civilización - unitarismo - hombres formados en las ideas de Europa - cosmopolitismo - litoral - inmigrante modernización - europeísmo.

La recuperación del provincialismo, no será para Gálvez, el único camino hacia el rescate de la nacionalidad. En *El Diario de Gabriel Quiroga*, a través de su protagonista, Gálvez propone como medidas de cohesión nacional, «la expulsión del país de todos los apóstoles de religión extranjera», así como «una guerra imperialista contra el Brasil» a fin de «argentinizar las masas apátridas» y «detener la afluencia de inmigrantes».

Manuel Gálvez, primer reivindicador de la barbarie, constituye un puente entre el primer y el segundo nacionalismo, que surgió hacia la década del »30. El propio Gálvez vivió esta década para presenciar su surgimiento. Su obra, «El Diario de Gabriel Quiroga» es un antecedente de este

segundo nacionalismo que tomó elementos de los fascismos europeos y propició el clima del golpe militar de 1930.

Leopoldo Lugones es, de los tres autores del «triángulo nacionalista», el mayor de ellos.

Nació en Villa de María, Córdoba, en 1874. Fue el primer hijo de Santiago Lugones y Custodia Argüello, pertenecientes a una familia que se preciaba de descender de un antiguo linaje que se remontaba al Perú del siglo XVI.

Desde niño, Lugones convivió con los nombres de los próceres y fundadores de la patria, quienes invariablemente provenían de familias vinculadas a la suya por parentesco o amistad. Quizás fue esta realidad, más el revés de fortuna por el que atraviesa su familia, lo que determinó du sentimiento de diferencia con los hijos de inmigrantes extranjeros.

En su juventud, Lugones colaboró en el periódico liberal el *Pensamiento libre*, tachado de ateo, anticlerical y anarquista. Por entonces, fundó el primer centro socialista en Córdoba, y en 1898, se trasladó a Buenos Aires. Ya en la capital, colaboró en varios periódicos, como porejemplo *La Biblioteca* de Paul Groussac, donde publicó pasajes de sus obras *La guerra gaucha* y *Las montañas de oro*, de 1897. Esta es la época de Lugones socialista, que dura hasta aproximadamente 1903. Mediante su militancia en el periódico se relaciona con otros escritores de la época: Roberto Payró, Alberto Gerchunoff, Manuel Ugarte y José Ingenieros. Paralelamente escribió para *La Vanguardia* (socialista) y para *La Tribuna* (roquista).

En 1906 Lugones viajó por .primera vez a Europa para presentar su primer libro de poemas: *Los crepúsculos del jardín*. Este viaje es repetido por Lugones en 1911 en ocasión de la publicación del segundo volumen de poemas *Lunario sentimental*.

Hay quienes establecen un doble paralelismo entre los viajes de Lugones y los dos viajes adolescentes de Borges a Europa, ya que ambos, luego de estos viajes, se interesaron por las cultura de su país.

A su regreso, Lugones escribió varias conferencias sobre el Martín Fierro de José Hernández. Estas son reunidas en 1916 en un volumen titulado *El Payador*, obra que junto con *La restauración nacionalista* de Rojas y *El Diario de Gabriel Quiroga* de Gálvez componen la trilogía fundamental del primer nacionalismo.

En *El Payador*, Lugones califica al Martín Fierro como «cuento homérico de la cultura argentina». Este particular enfoque instaló una discusión que prosiguió por décadas en la cultura argentina sobre la legitimidad o no del Martín Fierro como poema fundante de la lengua argentina. Pese a la discusión, con el tiempo el Martín Fierro fue finalmente aceptado como obra emblemática de la identidad literaria argentina.

En 1920, Lugones publicó *Mi beligerancia*, una recopilación de panfletos donde reveló su alejamiento de posiciones socialistas y católicas de sus inicios, y lo acercaban cada vez más a un nacionalismo exacerbado, que en el devenir de la década lo acercaron cada vez más al fascismo y al nacionalsocialismo.

En julio de 1923, Lugones da una conferencia, «La doble amenaza», que provoca un escándalo en Buenos Aires por su corte autoritario. A partir de entonces, las fuerzas democráticas comienzan a verlo como una amenaza.

En 1924, pronunció, como cierre de la conmemoración de la Batalla de Ayacucho en Lima su famoso discurso en que habla del advenimiento de «la hora de la espada», un llamado a la necesidad de un régimen antiliberal basado en una dictadura militar. El discurso genera reacciones indignadas en toda Hispanoamérica. La concreción de su plan miltarista, con el arribo de Uriburu al poder en 1930, le ganarán el abandono de sus amigos e intelectuales allegados.

Desengañado por la marcha de la política argentina, en 1938 se suicida en la habitación de un hotel en una isla de El Tigre, con una mezcla de whisky y arsénico.

En *El Payador* Lugones mistifica la imagen del gaucho a través del Martín Fierro. Se hace una recuperación de la ficción orientadora del gaucho, al decir de Shumway. Se exaltan los valores morales del gaucho: valor, arrojo, desprendimiento, entre otros. Pero como advierte Maristella Svampa, cuando Lugones habla positivamente de algo, indirectamente alude negativamente a otra cosa. Al exaltar al gaucho, Lugones no hace otra cosa que impugnar al inmigrante.

Lugones entendía que el Martín Fierro es una obra inaugural porque había sido escrita en 1872, esto es, antes de la inmigración masiva. En segundo lugar, por la memorización a la que obligaba; y por último, por la consagración del público.

Finalmente, Lugones explica en *El Payador* que quien no entiende el Martín Fierro es un bárbaro, y en el lenguaje de los primeros nacionalistas, los bárbaros, son los inmigrantes, por lo tanto, los nuevos excluidos de la sociedad argentina.

La tríada positivista

Así como puede establecerse un «triángulo nacionalista», en el pensamiento argentino de fines del siglo XIX puede registrarse una tríada de autores positivistas: José María Ramos Mejía, Carlos Octavio Bunge y José Ingenieros.

José Ramos Mejía fue médico, precursor de la psiquiatría en Argentina, historiador y personalidad influyente en la enseñanza escolar argentina. Ramos Mejía nació en 1849 en el seno de una familia de la clase alta. Debido al compromiso político de su familia, alineada con los

unitarios, debió posponer sus estudios, que logró concluir pasados los treinta años de edad. Su primera obra fue *Neurosis de los hombres célebres de la historia argentina*, escrita entre 1878 y 1882. En 1899 escribe *Las Multitudes Argentinas* como introducción a la obra *Rozas y su tiempo*».

En esta obra Ramos Mejía plantea el estudio de las multitudes o muchedumbres, pues de ellas considera surgió la tiranía, esto es, el régimen de Juan Manuel de Rosas.

Por lo tanto, el autor considera a las multitudes como actores históricos. Emprende su análisis desde la psicología social o colectiva, el darwinismo social, el biologicismo y el cientificismo, y en menor medida el atavismo, siguiendo a teóricos como Gustav Le Bon y Cesare Lombroso. Esta visión determina su filosofía de la historia y la manera en que analizará la evolución de las multitudes.

Para Ramos Mejía las multitudes son un ser en sí mismo, espontáneo, provisorio, fugaz, pero con una dirección y sentido determinados.

En la evolución de la historia argentina Ramos Mejía distingue cuatro multitudes:

1. La multitud de la colonia y el virreinato, urbana y genuinamente española.
2. Las multitudes de la emancipación.
3. Las multitudes de la tiranía o del año 20 que es a su juicio «casi autóctona mestiza-española» e inculta, integrada por hombres provenientes de las márgenes de los ríos y de la soledad de los desiertos.

La cuarta multitud de la evolución histórica argentina, es, para Ramos Mejía, la multitud constituida por inmigrantes europeos. El famoso médico explica que su carácter es más reposado que el bárbaro litoraleño de las muchedumbres de las tiranías. Estas nuevas multitudes están movidas por la «tranquila inervación del Mediterráneo cauteloso y tranquilo».

A partir de aquí, Ramos Mejía toma como tema de reflexión la cuestión que preocupó a gran parte de la intelectualidad y las clases dirigentes de la época: el problema de la asimilación del inmigrante.

Comienza su análisis de la inmigración desde los postulados del biologismo y del darwinismo social, estableciendo un paralelismo entre la evolución de las especies y la «evolución» en las generaciones descendientes de inmigrantes. Antes que nada, para Ramos Mejía, el inmigrante, era un ser primitivo:

> Cualquier craneota inmediato, es más inteligente que el inmigrante cuando recién desembarca en nuestra playa. Es algo amorfo, yo diría celular, en el sentido completo alejamiento de todo lo que es mediano progreso en la organización mental. Es un cerebro lento, como el del buey a cuyo lado ha vivido; miope en la agudeza psíquica, de torpe y

> obtuso oído en todo lo que se refiere a la espontánea y fácil adquisición de imágenes por la vía del gran sentido cerebral. ¿Qué obscuridad de percepción, qué torpeza para transmitir la más elemental sensación a través de esa piel que recuerda la del paquidermo en sus dificultades de conductor fisiológico! (p.290)

Sin embargo, el reconocido médico e historiador cree que el estado del inmigrante es «larval» y se irá transformando paulatinamente mediante el contacto con el medio argentino. La vida urbana, el trabajo, la industria, transformarían al inmigrante «…el medio opera maravillas en la plástica mansedumbre de su cerebro casi virgen.» (p.292)

Como señala Fernando Devoto, Ramos Mejía, a la inversa de los pensadores de la generación del 37, principalmente Alberdi y Sarmiento, no considera al inmigrante como factor de civilización para la Argentina, sino a la inversa, identificando ésta última como medio urbanizador y civilizador para el inmigrante.

En una mezcla de desprecio y admiración, Ramos Mejía describe la disponibilidad para el trabajo en los recién llegados y los cambios que opera el medio sobre los inmigrantes:

> Me asombra la dócil plasticidad de ese italiano inmigrante. Llega amorfo y protoplasmático a estas playas y acepta con profética mansedumbre todas las formas que le imprime la necesidad y la legítima ambición. Él es todo en la vida de las ciudades y las campañas, desde músico ambulante hasta clérigo; con la misma mano que hecha una bendición; (…) mueve la manivela del organito y arrastra el carrito de verdura; nos ofrece paraguas cuando chispea, hace bailar el mono hábil en el trípode y abre la tierra que ha conquistado con su tesón y fecundado con su trabajo. (p.294)

Según Ramos Mejía, esa transformación que opera el medio sobre el inmigrante, es transmitida como herencia biológica a sus hijos, por lo que el autor considera a la segunda generación como más evolucionada que a la primera. Esta generación, asimismo, sería más argentina que la primera, ya que incorporaría el temprano amor de los padres por la tierra que los ha recibido.

Carlos Octavio Bunge nació en Buenos Aires en 1875 y falleció en la misma ciudad en 1918. A pesar de su breve vida, desarrolló una intensa labor intelectual en la Argentina y sus obras encontraron gran repercusión en toda América Latina, convirtiéndose en referente ineludible del pensamiento positivista en la región entre fines del siglo XIX y comienzos del XX.

Bunge nació en una familia de inmigrantes alemanes luteranos que rápidamente se situó en lo más alto de la escala social.

Realizó sus estudios universitarios en la Facultad de Derecho de la UBA, y se graduó en 1897 con la tesis El Federalismo Americano.

Como otros intelectuales del período, como Joaquín V. González y Ricardo Rojas, Bunge también se desempeñó como asesor del Estado en materia educacional y política.

En 1903, Bunge publicó Nuestra América y Principios de Psicología Individual y Social, obras que condensan los aspectos principales de su enfoque psico-sociológico: racismo, pesimismo, etnopsicologismo e inferioridad de las razas en América Latina.

En Nuestra América, de 1903, Bunge aborda, al igual que otros positivistas latinoamericanos de la época, la psicología general de las razas que habitan el continente. Bunge explica cómo ciertos rasgos de las razas que coexisten en América son los causantes de los males de la política criolla.

Los españoles llegaron a la sangre americana como la arrogancia, la pereza, el sentimiento bélico por excelencia, elementos que se reflejan en una actitud común: el desprecio al trabajo.

Los indios americanos aportaron otros dos elementos negativos: el fatalismo y la venganza.

Los mestizos son, en el pensamiento de Bunge, quienes presentan mayores rasgos negativos pues son la sumatoria de los defectos de negros, españoles e indios.

A pesar de su valoración negativa del mestizaje, este mal latinoamericano puede atenuarse con el aporte racial de la inmigración europea, por lo que el pensamiento de Bunge respecto a la inmigración es optimista:

> La regeneración será entonces, de 1904 en adelante, una conjunción felíz de elementos litorales y mediterráneos, encontrados y reconciliados en el ancho campo del progreso. (…) Extendida por doquiera la inmigración europea, no habrá tampoco muy notables diferencias étnicas… No habrá más que un solo tipo argentino, imaginativo como el tipo de los trópicos y práctico como el habitante de los climas fríos, un tipo complejo y completo, que podrá expresarse como todo un hombre, como modelo de hombre moderno. Ecce homo…

Las virtudes del inmigrante eclipsarían los rasgos sombríos del hombre hispanoamericano:

«La pereza se opone a la diligencia; la tristeza a la alegría y la arrogancia a la democracia (contra arrogancia, modestia, que se traduce prácticamente en igualdad, y la igualdad en política, por la democracia).»

En el tránsito entre dos siglos, los cinco autores revisados, intelectuales de su época, abordaron la inmigración desde puntos de vista diferentes. Sin embargo, para la mayoría de ellos, representó el advenimiento de la nueva barbarie, la llegada de hombres inferiores, ya sea desde el punto de vista de sus valores, de su raza o de su cultura.

Fuentes

Gálvez, Manuel, *El Diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina*, Buenos Aires, Taurus, 2001.

Ramos Mejía, José María, *Las Multitudes Argentinas*, Buenos Aires, Editorial Félix Lojouane, 1899, 1era. Ed.

Sarmiento, Domingo Faustino, *Facundo*, Buenos Aires, Gradifco, 2007.

Bibliografía

Devoto, Fernando, Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2002.

Sebreli, Juan José, Crítica de las ideas políticas argentinas, Buenos Aires, Editoral Sudamericana, 2002.

Shumway, Nicolás, La invención de la Argentina. Historia de una idea, 1993.

Svampa, Maristella, El dilema argentino: civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista, Ediciones El Cielo por Asalto - Imago Mundi, Buenos Aires, 1994.